

LAS HISTORIAS, LAS IDEAS Y LOS PERSONAJES
QUE FORMARON A OCCIDENTE

GONZALO GARCÉS

LOS RELATOS BÍBLICOS



PAIDÓS

GONZALO GARCÉS

LOS RELATOS BÍBLICOS

Las historias, las ideas y los personajes
que formaron a Occidente

PAIDÓS

Índice

<i>Introducción</i>	9
<i>Cronología</i>	15

Primera parte LAS REGLAS DEL JUEGO

1. Los dos relatos de la Creación	21
2. Adán y Eva	35
3. Caín y Abel	47
4. La Torre de Babel y el Diluvio Universal.....	61
5. Job.....	75
6. Jonás.....	87

Segunda parte HISTORIAS DE FAMILIA

1. Abraham y Sara	99
2. La vejez de Abraham y el sacrificio de Isaac.....	111
3. Jacob, el suplantador	123
4. La lucha con el ángel	135
5. José y sus hermanos.....	147
6. La familia reunida	159

Tercera parte
EL NACIMIENTO DE LA POLÍTICA

1. La misión de Moisés	173
2. La travesía del desierto	185
3. La Tierra Prometida.	197
4. Saúl y David	209
5. David y las trampas del relato.	223
6. El crepúsculo de David	235
7. Salomón y después.	247

Cuarta parte
SEXO Y PODER

1. Sansón y Dalila	265
2. Tamar y Judá.	279
3. El <i>Cantar de los Cantares</i>	291
4. Judit	301

Quinta parte
ESPERANDO LA SALVACIÓN

1. La era mesiánica	313
2. La infancia de Jesús	327
3. Los años de ministerio.	339
4. La Pasión	353
<i>Epílogo. El Apocalipsis</i>	367

Introducción

Tenía veintidós o veintitrés años cuando empecé a leer los relatos bíblicos. No había tenido educación religiosa de ninguna clase; en mi casa, que era de cultura judía y católica en partes más o menos iguales, la actitud era de respeto y curiosidad hacia los libros sagrados, y de reserva hacia las instituciones religiosas. Mi formación era literaria, y fueron los novelistas rusos, en especial Dostoievski, los que me llevaron a leer la Biblia. No esperaba ni revelaciones trascendentes ni una fe que tampoco buscaba; lo que encontré, en cambio, fue una sorpresa mayor.

Como mucha gente, yo creía que ese libro estaba compuesto, sobre todo, de proverbios y oraciones. En lugar de eso, encontré historias de hombres y mujeres complejos, con algunas virtudes y muchos costados turbios, a veces incluso canallescros o medio locos, empeñados en proyectos que los excedían. Ese fue mi primer descubrimiento: en los relatos bíblicos el protagonista no es Dios, sino las personas. Tampoco encontré nada de ese tono edificante que me provocaba escozor en ciertos predicadores televisivos, o en los chicos que me salían al cruce en la calle para contarme que Jesús me amaba. No es raro que durante siglos hayan desalentado

a los creyentes de leerlos sin supervisión: temían que fueran perturbadores, y algo de razón tenían.

Los autores de la Biblia no tienen una visión sentimental de las cosas; al contrario, una película como *Taxi Driver*, una serie como *Game of Thrones* o una novela negra, ásperos como son, apenas se acercan a la claridad que tienen los relatos bíblicos sobre cómo funcionan la mente y el cuerpo, de qué madera está hecho cada uno, qué puede uno alcanzar en sus mejores momentos, y de cuánta estupidez y crueldad es capaz también. Esa claridad no desanima ni deprime; al contrario, seas creyente o ateo, un efecto que tienen estos relatos es centrarte y, de alguna manera, dejarte mejor armado para encarar lo mejor y lo peor que trae la vida. Uno puede atribuir esto a la inspiración divina, pero también puede indagar en la dimensión literaria, psicológica y hasta neurológica que brilla en los textos. No son lecturas opuestas.

Al contar estos relatos una vez más, espero que se note cómo siguen vivos y dando forma a la cultura actual. No hay tema universal que no toquen: el sexo, la guerra, la traición, el fracaso, la política, los sueños, la familia, el amor correspondido y también el otro. Ojalá quien lea este libro sienta, como sentí yo, que hablan de hoy. Tiene sentido que sea así, porque fueron concebidos como dispositivos de supervivencia, y el tiempo los fue despojando de color local y de adornos, hasta dejar el esqueleto desnudo de la experiencia. Por eso uno los siente tan propios y, sin casi darse cuenta, empieza a dar sentido a su propia realidad a través de ellos.

Eso no significa que me proponga desacralizar o proponer una visión materialista de los relatos bíblicos. Otros

ya ejecutaron ese aburrido proyecto hace siglos. Por mi lado, no encuentro nada en mi lectura que se oponga a la fe: si algo muestran estos relatos es que Dios apela a los instrumentos más raros para llevar a cabo sus planes. ¿Por qué no le iban a servir también los accidentes de la Historia, las reescrituras, los préstamos de otras religiones o los efectos psicológicos? Pero además, creo que la mejor manera de acercarse a estos relatos es con los sentimientos que provoca lo que es misterioso. Porque su misma existencia, realmente, es un misterio. O mejor, una colección de misterios.

Es un misterio que en plena Edad de Bronce, cuando otras culturas producían mitos y poemas que ahora sólo pueden leerse como documentos arqueológicos, los autores bíblicos hayan compuesto relatos que traspasan de lado a lado la psicología humana, con tanta lucidez que siguen siendo relevantes tres mil años después. Es un misterio cómo a lo largo de estos relatos emergen ciertas reglas de la existencia. Estas reglas no sólo describen la realidad, sino que pueden predecirla. No dicen qué debo hacer, pero sí lo que pasa si uno toma este camino o ese otro camino, con una precisión alarmante que no se desmiente nunca.

Es un misterio también que hayan sobrevivido a la tentación —que tuvo que ser fuerte en varios momentos de la historia del judaísmo y del cristianismo— de hacerlos más simpáticos o de una moralidad más evidente. Freud pensaba que la religión está hecha de ficciones que satisfacen nuestra hambre de justicia; pero si fuera sólo eso, uno esperaría que los autores nos diesen el gusto de mostrar cómo Dios castiga

siempre a los malvados y protege a los justos. En cambio, a cada rato Dios elige a estafadores como Jacob, a cobardes como Pedro o a aventureros como David, y echa a los leones a gente buena como Urías o Job. Como se dice en política: es más complejo.

Otro ejemplo de esto es la resurrección de Jesús. “Si Cristo no resucitó”, escribe San Pablo, “nuestra prédica es vana”. Con tantas fichas en juego, si el único propósito del Evangelio fuera convencernos, Jesús debería resucitar con redoble de platillos, sin dejar lugar a dudas. Pero eso no pasa. En el Evangelio de Juan, después de la muerte de Jesús, algunos discípulos salen a pescar. Un extraño les pide algo de comer, y sólo después creen entender que es Jesús. De esta forma, el propio relato te deja dudar si —como pasa tantas veces, cuando alguien querido se nos muere— no habrán querido reconocer en otro hombre a su maestro muerto. Estas partes incómodas son el mejor indicio de que no son puro invento: *algo* pasó, sea lo que sea, allá lejos y hace tiempo.

Y de hecho, entre tantos misterios, no es el menor el propio Dios. No me refiero a saber si existe o no: me refiero al papel que juega en estas historias. Los dioses antiguos explicaban por qué el mundo es como es: por qué hay estaciones, mares, cielos, muerte. El mundo ya estaba hecho y los dioses lo mantenían, eso era todo. Pero el Dios de la Biblia es diferente: tiene planes para nosotros. A uno le advierte que ganará su pan con el sudor de su frente. A otro le dice que abandone la casa de sus padres, y le anuncia que será bendición para todas las familias de la tierra. A otro más le dice

que saque a su pueblo de Egipto, y que los lleve a una tierra peligrosa y desconocida. Este Dios convoca a la aventura, hacia algo que todavía no existe.

Esto fue el hecho novedoso, insólito, que tomó forma en estos relatos: Dios es una voz que habla desde el futuro. Y de esto surgen preguntas que quiero explorar tanto como pueda. ¿Cómo formatea la mente de uno, creer en un Dios que habla desde el futuro? ¿En qué sentido nos formó como civilización? ¿Y cómo se relaciona con estos personajes imperfectos, que avanzan a los tumbos, y que revelan lo mejor y lo peor que puede ser uno? ¿Vendrá de esto la pasión occidental por indagar hacia adentro, en la mente, y hacia fuera, en el universo? ¿Y ese impulso desbocado hacia adelante, ese proyectarse hacia el futuro, que caracteriza a Occidente, y que lo convirtió en una civilización capaz de conquistar el mundo, y también de devorarse a sí misma?

Después de treinta y tantos años estudiando los relatos bíblicos, buscando situar su contexto histórico y siguiendo los hilos que los conectan con otras disciplinas, es mucho menos lo que entiendo que lo que sigo sin entender. Por eso también quiero escribir sobre esto: como se sabe, no hay mejor forma de aprender algo que tratar de explicarlo. Por el momento, entonces, lo diría así: estos relatos son intuiciones sobre nuestra imperfección, sobre el llamado del futuro, y sobre las reglas de la existencia. Tan vivas que lo siguen transformando a uno, tan profundas que siguen generando conocimiento, y tan locamente certeras que, en definitiva, es irrelevante que las tomemos como inspiración divina o como obra de literatos anónimos y geniales.

Blaise Pascal, tal vez el teólogo más apasionado que tuvo el cristianismo, pensaba que, aunque no sepamos si Dios existe, lo cierto es que el mundo funciona como si Dios existiera. Creo que tenía razón. Por otro lado, Arthur Schopenhauer, que era ateo, escribió que el arte revela las verdades trascendentes tanto como la experiencia religiosa. Creo que tenía razón también. Esto se propone este libro: volver a sumergirse en relatos cautivadores, que forman parte de la mejor literatura que existe, y que por eso mismo son mucho más que literatura.

Cronología

Hechos históricos	Relatos bíblicos
c. 2000-1700 a. C. – Migraciones de tribus semitas desde Arabia hacia Canaán (hoy Israel, el Líbano y territorios palestinos).	Leyendas orales sobre Abraham, Isaac y Jacob.
c. 1700-1550 a. C. – Algunos grupos semitas se establecen en Egipto.	Tradicón oral sobre la esclavitud en Egipto.
c. 1250 a. C. – Moisés saca a los hebreos de Egipto (cuestionado por los historiadores actuales).	Leyendas orales sobre el Éxodo, las plagas de Egipto, la travesía del desierto, la entrega de las tablas de la Ley.
c. 1200-1050 a. C. – Confederación de tribus semitas en Canaán.	Relatos sobre Débora, Gedeón, Sansón.
c. 1000-930 a. C. – Reino unificado de Israel bajo David y Salomón.	Relatos sobre David y Salomón; redacción de salmos, crónicas y proverbios.
722 a. C. – Caída del reino del norte (Israel) ante Asiria.	Profecías de Amós, Oseas, Isaías.
586 a. C. – Caída de Judá, destrucción de Jerusalén y exilio de los judíos en Babilonia.	Reelaboración de los viejos relatos orales: la Creación del mundo, Adán y Eva, Caín y Abel, el Diluvio, la Torre de Babel. Redacción del Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números, Deuteronomio), de libros históricos (Josué, Jueces, Samuel, parte de Reyes) y libros proféticos (Ezequiel, parte de Isaías).

Hechos históricos	Relatos bíblicos
538 a. C. – Retorno de los judíos a su tierra y reconstrucción del Templo.	Redacción final de Reyes e Isaías. Redacción de otros libros proféticos: Ageo, Zacarías, Esdras, Nehemías. Libro de Job.
c. 450-300 a. C. – Dominio persa y conquista de Alejandro Magno.	Libros sapienciales (Proverbios, Eclesiastés) y poéticos (Cantar de los Cantares). Libro de Jonás.
167-164 a. C. – Revuelta judía contra el dominio griego.	Libros de los Macabeos.
140-63 a. C. – Judá independiente nuevamente.	
c. 100-50 a. C. – Composición del libro de Daniel y textos apocalípticos.	Libro de Daniel. Literatura apocalíptica judía.
63 a. C. – Pompeyo conquista Jerusalén.	
37 a. C.-6 d. C. – Reinado de Herodes el Grande y sus hijos.	
c. 5-30 d. C. – Vida, predicación y muerte de Jesús de Nazaret.	Relatos orales sobre Jesús.
c. 30-60 d. C. – Expansión cristiana.	Epístolas de Pablo.
65-100 d. C. – Redacción de Evangelios y Hechos.	Evangelios de Marcos, Mateo, Lucas, Juan. Hechos de los apóstoles. Cartas apostólicas.
66-70 d. C. – Revuelta judía contra el dominio romano. Destrucción del Templo por el emperador Tito.	
c. 90-120 d. C. – Redacción de las partes finales del Nuevo Testamento.	Cartas pastorales, Hebreos, Apocalipsis.

Hechos históricos	Relatos bíblicos
<p>132-135 d. C. – Segunda revuelta judía contra Roma. Adriano destruye Jerusalén y la rebautiza <i>Aelia Capitolina</i>. Para borrar todo rastro judío en la región, la rebautiza <i>Siria Palaestina</i>, es decir, Siria de los filisteos.</p>	
<p>s. II–III d. C. – Evangelios y cartas cristianas no canónicas circulan.</p>	<p>Evangelio de Tomás, de Pedro, El Pastor de Hermas.</p>
<p>367 d. C. – Carta de Atanasio con la lista de 27 libros del Nuevo Testamento.</p>	<p>Se fija el canon cristiano del Nuevo Testamento.</p>
<p>393-397 d. C. – Concilios de Hipona y Cartago.</p>	<p>Canon oficial para la Iglesia latina (Antiguo Testamento traducido al griego + Nuevo Testamento).</p>